

Hechos por fin de la choza
 Los reparos mas urgentes,
 Volvieron los inocentes
 Dias de grato solaz.
 Y el ilustre carpintero
 De Jesus mismo ayudado,
 De nuevo en su hogar amado
 Vió juntos amor y paz.

Y así en apacible cuenta
 Pasaron lunas sesenta,
 Sin separarse un instante
 Ni en la visita anual,
 Que fieles observadores
 De la ley de sus mayores,
 A Jerusalem hacian
 En la época pascual.

idas memorias
 de la impía sue

EL NIÑO PERDIDO.

II.

Al aire destrenzada
 La blonda cabellera,
 La túnica rasgada,
 Y en llanto de dolor
 Bañado el rostro puro,
 Que al sol envidia fuera,
 Por tu recinto oscuro
 Va una muger, Sion.

¿Qué crudo, amargo duelo
Lamenta la cuitada?
¿Qué horrible desconsuelo
Su pecho laceró?
¿Esposa, vése viuda?
¿O es vírgen desposada
Que con fiereza cruda
Su amante abandonó?

¿O es huérfana que llora
Con ayes de agonía,
La sombra protectora
Del techo paternal;
En medio al mar del mundo
Mirándose sin guía
Al soplo tremebundo
Del recio vendabal?

Viuda, al caro esposo,
Lamenta desdichada;
Amante, al cariñoso
Objeto de su amor:
Y en ayes reprimidos
La madre desolada,
Buscando entre gemidos
Va al hijo que perdió!

Miriam, la Virgen pura,
La madre enaltecida,
La que en la eterna altura
Casi es á Dios igual;
De la divina alianza
La prenda bendecida,
La paz y la esperanza
Del mísero mortal:

Llorosa entonces, mustia
El alma entristecida,
En tan terrible angustia,
Olvida su virtud...
¿Qué mucho, si se ausenta
El sol que le da vida,
Qué mucho, si lamenta
Perdido á su Jesus?

Volviendo á su morada
Desde Salem divina,
De gentes circundada
Que van á Nazareth;
Al ver tras blanco velo
La estrella vespertina,
Luciendo ya en el cielo
Cercano á anochecer.

La marcha fatigosa
 En rústica posada
 Detuvo cuidadosa;
 Que el hijo de su amor
 Con otros jovenzuelos
 Sus deudos, la jornada
 Siguió; y con mil recelos
 Le tiembla el corazón.

José vendrá sin duda
 Con ellos; del camino
 La marcha larga y ruda
 Tal vez los fatigó;
 Mas ya en el patio ondea
 Su manto blanquecino,
 Y aun á la luz febea
 Jesús no apareció.

Y luego van llegando
 Los otros uno á uno,
 A todos preguntando,
 Miriam en su inquietud;
 Mas nadie le responde,
 Que no le vió ninguno
 —“¿Por qué de mí se esconde
 Mi gozo, mi salud?”

Ya las nocturnas nieblas
 Invaden la llanura;
 Se palpan las tinieblas
 Del bosque en derredor:
 Y el campo ilimitado,
 Y la caverna oscura,
 Y el aire conturbado,
 Repiten su dolor.

Y ni peñasco rudo,
 Ni monte ni ladera,
 Ni precipicio mudo
 Quedó en aquel confin;
 Que en eco lamentable
 El ¡ay! no repitiera,
 Que lanza inconsolable
 Miriam en su gemir.

Y al venidero día,
 Apenas respirando
 José con su MARIA
 De nuevo entró en Sion;
 Y van de puerta en puerta
 Del niño preguntando,
 La débil planta, incierta,
 Con miedo el corazón.

Y en vano su recinto
 Recorren, y es en vano
 Que en medio al laberinto
 Pregunten con afán:
 Y redoblando el lloro,
 Al templo soberano
 En pos de su tesoro
 Con esperanza van.

Con sencillez vestido
 Como un vulgar Esenio,
 El rostro algo teñido
 Del sol primaveral;
 Y de sus garzos ojos
 De mas que humano genio
 Brotando en rayos rojos
 Un limpido raudal:

Castaños los cabellos
 Que en ondas bipartidos
 De rizos cubren, bellos
 La espalda mas gentil;
 De ancianos y doctores
 Que escuchan conmovidos
 Los tonos vibradores
 De aquella voz pueril:

Cercado, del gran templo
 So el pórtico sagrado
 Dó van á dar ejemplo
 Los sábios de Israel;
 Discurre un tierno niño,
 Y el pueblo arrebatado
 Esclama en su cariño:
 "¿ Es ángel ó un Daniel ?"

" Jesus! el hijo mio!"
 Clamó una voz süave,
 Rompiendo del gentío
 Por el revuelto mar:
 Voz limpida, argentina,
 Y al propio tiempo grave,
 En que el placer domina
 Y aun se oye hondo pesar.

Y así como esplendente,
 En cercos de oro y grana,
 Muestra su rubia frente
 La aurora matinal;
 Sobre la mar dormida
 Trayendo la mañana,
 De luz llenando y vida
 Sus ondas de cristal:

Tal, jóven cuanto hermosa,
 En lágrimas bañada,
 Se acerca presurosa
 Al niño una muger;
 Y en voz de gran ternura:
 “¿Por qué así abandonada,
 “Tan hórrida amargura
 “Me hiciste padecer?”

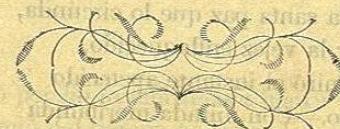
Y el niño en desabrida
 Respuesta misteriosa:
 “¿Por qué tan afligida,
 “Por qué me buskais vos?
 “¿No veis que cumplo, Madre,
 “Mi obligacion forzosa,
 “No veis que de mi padre
 “Me ocupo y de mi Dios?”

A réplica tan dura,
 José y Miriam callaron,
 Que la sentencia oscura
 No pueden comprender:
 Mas luego juntamente
 Los tres encaminaron
 El paso alegremente
 De vuelta á Nazareth.

Y allí pasaron dias
 De gozos celestiales,
 De inmensas alegrías
 Y paz del corazon;
 Y mientras el niño crece
 En dias terrenales,
 Ante su Dios acrece
 En gracia y perfeccion.

III

PREDICACION DEL EVANGELIO



CORONA DE LA VIRGEN 211

MUERTE DE JOSÉ.

III.

Como en medio á la calma mas profunda
Suena acaso del trueno el estampido,
En pos de algun relámpago temido
Que de rojo fulgor la tierra inunda:
Así en la santa paz que lo circunda,
José por la vejez enflaquecido,
Llegar miró el instante apetecido
Del justo.—Con mirada moribunda
Ve á Jesus y á Miriam que en triste lloro
Cercan su lecho, y al momento espira.
Jamás terrestre rey, igual decoro
En torno tuvo á su funérea pira:
Lloró Miriam, y del sencillo duelo
Al frente, triste marcha el rey del cielo!

LIBRO UNDECIMO.

PREDICACION DEL EVANGELIO.

Sonó por fin la afortunada hora
En el reló del tiempo no cansado
Jamás.—Lució por fin la limpia aurora,
El momento anhelado,
Que habia en sus designios señalado
El Hacedor profundo
De eterna vida y libertad al mundo!